

Ipatkan Keire

Cesar Vega Herrera

PERSONAJES

UNO

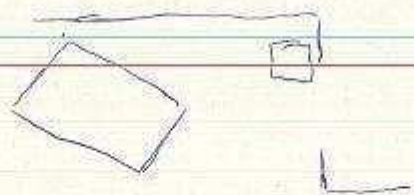
DOS

Indisis C.A.

1081284

SEMINARIO DE ETNOLOGIA Y ANTROPOLOGIA
JOSE FRANCISCO GONZALEZ
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA EDUCACION
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

11/24/08 JMR
25/04/06 JES



I

Un cuarto miserable. Una cama. Dos hombres acostados: Uno en la cabecera y el otro a los pies. Ambos comparten una misma pijama. Uno, viste el pantalón y Dos, la camisa.

UNO

Ipacankure, ¿sabes algo de Ipacankure? *(Despertándolo con el pie.)*

DOS

¿Ipacankure? ¿Ah? ¡Qué cosa es?

UNO

No, no recuerdo bien. Disculpa, voy a pensarlo.

DOS

(Al público.) Está pensativo. Mejor hundo la cabeza y me quedo quieto hasta recobrar el sueño. No me gusta que ande despertándose con su pezuña. ¡Diablos, y ahora no puedo dormir! ¿Ipacankure? *(Volviéndose bruscamente a Uno.)* ¿Cómo se te ha ocurrido ese nombre, ah?

UNO

No se me ha ocurrido. Es Ipacankure. *(Permanece con los brazos cruzados, sin moverse.)*

DOS

(Al público.) Son las cinco de la mañana. Ya se me largó el sueño. Pero, ¿cuándo dejará de hacerme madrugar en la cama? *(Rascándose la cabeza.)* Qué tal nombrecito, me va y me viene con una insistencia curiosa. ¿Ipacankure? *(Volviéndose lentamente a Uno.)* Parece un rompecabezas. *(Uno, sigue inmóvil.)* ¿No me respondes? *(Al público.)* Me han dicho que soy paciente en extremo, que no sé enfadarme, que soy un boludo; y creo que soy así. Sí, sí. Soy así. *(Gritando.)* ¡Pero ahora estoy fastidiado! ¡Estoy amargo! *(Señalando a Uno con el índice.)* ¡Y él tiene la culpa! ¡Esa repentina costumbre de ponerme la pata en la cara para hacerme preguntas absurdas, ya me tiene harto, harto! ¡Sí, harto, estoy harto! ¿Tengo la obligación de platicar con él, a la bendita hora que se le ocurre? ¿Y todavía con una

patada de aviso en plena cara? ¡Sí, sí, decididamente estoy harto, harto, hartísimo!

UNO

(Siempre inmóvil a pesar de los movimientos de Dos que trata de ocultarse debajo de la frazada.) ¿Te has molestado?

DOS

(Sacando la cabeza.) ¿Molestarme? ¿Por qué habría de molestarme?

UNO

(Mirando al techo.) No sé, tú lo sabrás.

DOS

(Acercándose a Uno, gateando sobre la cama.) Oye viejo, me causas gracia, primero me despiertas, después me preguntas por, por...

UNO

(Rechazándolo con los brazos cruzados.) Ipacankure. Ipacankure, ¿eres burro o te haces?

DOS

(Dominándose.) Ah, sí, sí, por Ipacankure. *(Al público.)* No me hace ninguna gracia, palabra de condenación, no me hace ni media gracia. ¡Ah, pero mírenlo, qué seriedad, qué bien se apoya en la cabecera, como si la almohada y la cama fueran suyas! ¿Y qué cosa es de él? ¡Nada! ¡Nada! ¡Pero mírenlo,

es un sinvergüenza! Ahora está con toda su eterna actitud de flojera. ¡Estoy harto!

UNO

¿Ya se te pasó?

DOS

(Extrañado.) Ya se me pasó ¿qué? *(Indeciso, al público.)* Prefiero cludirlo. No vale la pena afirmar o negar que por un momento me amargó de veras.

UNO

¿A qué hora viniste anoche? *(Acomodándose.)*

DOS

No, no sé, ¿y tú, a qué hora viniste?

UNO

Tampoco sé.

DOS

(Al público, remedando a Uno.) «Tampoco sé.»
¡Bah, y para qué me lo pregunta entonces? *(A Uno.)*
Ja, ja, ja, ninguno de los dos sabe cuál llegó primero.
(Dos sigue riendo y al ver la cara seria de Uno, para de pronto. Al público.) No me gusta esa seriedad.
(Mira de reojo por entre los dedos a Uno.) No me gusta cómo sonrie moviendo la cabeza. Qué tipo tan extraño, sin embargo es interesante, pero me tiene harto, ah. *(Reflexionando.)* Me resulta simpático. Qué caracho, es mi amigo. En el fondo es bueno.

Me basta tener un amigo como él. Yo también soy extraño, nuestra extrañeza es el mejor vínculo de amistad y confianza. La verdad *(Sonriendo.)* es que nunca me aburró de su compañía, y no creo que él se aburra de la mía.

UNO

Somos un par de pobres y tristes diablos.

DOS

¿Recién te das cuenta?

UNO

Recién me atrevo a decirlo.

DOS

(Al público.) Siempre le agradeceré el habérmelo dicho, aunque nunca le perdonaré el haber demorado tanto. *(A Uno.)* Oye viejo, por qué será que cuando uno se siente solo, más quisiera hablar con cualquier desconocido; como, como Ipacankure por ejemplo, ¿no?

UNO

Estás enfermo.

DOS

¿Sí?, y con qué.

UNO

Ven, acércate. *(Le llama con los brazos.)* Ven, ven, si no te voy a morder.

DOS

(Confundido.) ¿Me, me vas a revisar? (Se va acercando nerviosamente.) ¿Me vas a revisar, ah, sabes de medicina?

UNO

(Cogiéndolo por la cara.) Tienes la Enfermedad del Siglo. (Le da unas palmadas.)

DOS

¿La Enfermedad del Siglo? Pero, ¿si yo no tengo ni 30 años?

UNO

Peor entonces, cuando tengas 30 años, tendrás la Enfermedad de los Cien Siglos. (Frotándose las manos.) Yo te voy a curar. Repite: ¡Soy un bruto! Repite: ¡Soy un bruto! (Dos forcejea queriendo soltarse.) ¡Repite: soy un bruto!

DOS

¡No, no y no! ¡No soy un bruto!

UNO

¡Sí, sí y sí! ¡Eres un bruto! ¡No comprendes que tu enfermedad no es física? ¡No comprendes animal, no comprendes?

DOS

Bueno, ya, ya (Suspirando.), soy un bruto (Se suelta.), ¿pero no podrías darme otro tratamiento más suave, ah?

UNO

Tienes razón, hermanito, te bajaré la dosis. (Vuelve a cogerlo por la cara.) Repite, despacio: Soy medio brutooo!

DOS

¿Y, me curaré con sólo repetirlo?

UNO

No, no te curarás, salvo que venga Ipacankure. (Lo suelta. Dos, cae como un fardo.) Disculpa, no me bagas caso, pero tú tienes la culpa, me sacas de quicio. ¿Por qué no tratas de ser normal y corriente?

DOS

(Frotándose la cara.) Voy a tratarlo, pero tú me ayudarás, ¿verdad?

UNO

Yo voy a seguir durmiendo, ¿y tú?

DOS

(Al público.) Valiente pregunta, ¿y todavía pretende curarme? El día que lo entienda estaré loco de remate. Bah, no me importa su Ipacankure. Lo que pasa es que la borrachera de anoche me hace decir tonterías, pero, ¿qué le contesto a este condenado? (A Uno.) No, ya no dormiré más. No tengo sueño.

UNO

Entonces, por qué no te levantas.

DOS

(Al público.) Me gustaría decirle: ¡porque no me da la gana! pero lo estimo demasiado para responderle así. Además, él es franco, bien intencionado, aunque...

UNO

Ya que has decidido levantarte, cuidado con abrir la ventana, hermano, y hazme el favor de traerme un vaso de agua.

DOS

(Al público.) No pensaba levantarme. *(A Uno.)* Ya, viejo, de paso que me lavo la boca...

UNO

¡Apúrate, ya debías estar de vuelta! *(Le da las espaldas.)*

DOS

(Sale apurado y entra al instante con un vaso de agua. Al público, suspirando.) ¡Fiuuuú, qué helada está el agua! Me lavé a toda velocidad. Me lavé tiritando hasta que el cuerpo entró en reacción. Qué mañana tan húmeda y nublada. *(Mirando a Uno, que duerme de espaldas al público.)* ¡Y todavía tengo que despertarlo? *(Sacudiéndolo.)* ¿Cómo, no querías un vaso de agua? Aquí está.

UNO

Gracias, hermanito, pero ya no tengo sed. Tómalo tú.

DOS

Bueno, bueno. *(Vacilando.)* Anoche estuve de tragos y tengo una sed bárbara, sí, sí, tengo una sed bárbara. *(Bebe.)*

UNO

Es malo amanecer con la boca seca.

DOS

Deba ser porque también estoy mal del hígado.

UNO

Si el trago te hace estragos, no debes seguir tomando.

DOS

(Sentándose en la cama.) Siempre me lo prometo, siempre digo: ésta es la última...

UNO

Y siempre le das a la botella. Realmente, eres medio bruto, tendrías justificación si fueras un bruto entero. *(Le palmea los hombros.)*

DOS

Y tú, ¿por qué no tomas? ¿No te gusta la cerveza, ah?

UNO

Me parezco a la otra mitad tuya.

DOS

Oye viejo, a ti te gusta darte la razón, ¿no?

UNO
Y a ti, ¿no?
DOS
(Al público.) ¡Mejor me aviento el agua! *(Se embroca el vaso.)* ¡Qué agua tan helada! *(A Uno.)* ¡Uff, qué muñecos!, mejor me meto a la cama. *(Se acuesta tiritando.)*

UNO
No te dobles tanto, me recuerdas a los gatos que se enrollan en la azotea.

DOS
(Al público.) Me levantaré a mediodía. No me levantaré antes, así me maten; voy a sacar sueño de donde sea. *(Bosteza.)*

UNO
Ipacankure.

DOS
(Estremeciéndose dentro de la frazada. Al público.) No. No, no responderé. Al fin y al cabo, yo no me llamo Ipacankure. Ipacankure, qué tal nombrecito, parece de aventuras, o de Inca, de Piel Roja no, o a lo mejor, quizá. También suena como Araucano, o como Curare, pero no es lo mismo, es más largo, más cómo. *(A Uno.)* Oye viejo, cómo te lo imaginas.

UNO
No me lo imagino. Es Ipacankure.

DOS
Entonces, ¿lo conoces?

UNO
Lo sé y no lo sé.

DOS
No te entiendo. *(Se rasca la cabeza.)*

UNO
Yo tampoco. Pero es él. Es Ipacankure.

DOS
(Al público.) Estamos muy grandes como para andar inventando Papaes Noeles o Angeles de la Bola de Oro. ¿Y por qué comparar a Ipacankure con Papá Noel o con el Angel de la Bola de Oro? ¿A quién se le podría comparar, ah? Se le podría comparar con un río, o con una montaña, o con el viento, ¿no? *(A Uno.)* ¿O lo has leído? ¿O lo has soñado, o has visto algo parecido en alguna parte?

UNO
No, hermano, no lo he leído ni soñado ni es nada parecido. Es Ipacankure.

DOS
(Al público.) Perdió su aplomo. Está triste. Toda la mañana lo estará. Ojalá no se le vaya a prolongar hasta la noche, o hasta pasado mañana. Menos mal

que yo estoy tranquilo. Porque si los dos coincidimos en la tristeza, la cosa se pone grave. Aquella vez nos dimos duro. No sé qué me pasó. Pero su tristeza es contagiosa. (*Vacilando.*) No, no, en todo caso me largaré a la calle y no volveré hasta mañana. Ah, pero yo estoy bien, sí, sí, estoy bien. Con tal de que no le dé por acosarme con sus preguntas. Sí, sí, porque la otra vez casi me hizo estallar del todo. Yo le había preguntado por la hora y él me respondió que a un papanatas como yo no debiera importarle la hora, y que para qué diablos me amarraba al dictamen del reloj o del almanaque, si de todas maneras yo era el mismo tarúpido de siempre —tarúpido quiere decir: tarado y estúpido—. Y cuando le advertí que pensara en el efecto de sus palabras, me dijo que yo era un animal, yo le grité que si iba a seguir insultándome, por lo menos lo hiciera con la debida entonación de voz, que no estaba dispuesto a tolerar que me siguiera ofendiendo así, con ese tono tan tierno y cariñoso. ¡Si tienes que insultarme, hazlo con cólera! le grité impaciente. Y el muy sabido, me respondió con su insolente calma: «es que no quiero ofenderte, hermanito». Diablos cómo lo recuerdo, decididamente, este condenado me saca de quicio. El día menos pensado me voy a cualquier parte, ya me tiene hartado, hartado, hartísimo. Sí, sí, me iré. Está bien que seamos amigos, pero eso no quiere decir que tenga que soportarlo como una madre. Me hace la vida imposible, sí, sí, imposible. (*A Uno.*) Oye viejo, ¿sabes? este, voy a decirte, bueno. ¿Qué piensas hacer hoy?

UNO

No sé. ¿Qué me aconsejas que haga?

DOS

Yo mismo no sé qué hacer. (*Al público.*) Debería afeitarme, preparar mi maleta e ir a comprar mercadería. (*Reflexionando.*) Me quedan dos o tres billeteras. Debo comprar llaveros, portacarnets, lapiceros, cortauñas, ¡pucha, casi no tengo nada, y anoche me gasté la plata, qué bruto soy! ¿Y ahora, con qué compro la mercadería? Lo único que tengo en cantidad son los peines, pero eso es una porquería: no me daría ni la quinta parte del dinero que necesito para salvar el día. ¡Maldición, soy el más caído de todos los mercachifles, maldición! (*A Uno.*) Me siento cansado. Las pulgas no me dejaron dormir.

UNO

Bah, disculpas tuyas. Las pulgas son inocentes. Estás cansado por culpa de la borrachera, ¿o no? cabeza dura.

DOS

(*Sonriendo forzadamente.*) No, no, viejo. (*Reflexionando.*) Es otra clase de cansancio, ¿tú crees que uno se cansa sólo porque sube el costo de vida, o porque las pulgas lo molestan, o porque no tiene donde caerse muerto, ah? (*Al público.*) Ya metí las cuatro, para qué lo dije. (*Mirando a Uno con disimulo.*) Ahora está cabizbajo, más triste. Somos un

par de idiotas. (A Uno.) Oye viejo, ¿cuándo es tu cumpleaños?

UNO

Yo nací en la hora nona, entre Diciembre y Enero, entre el Domingo y el Lunes; o sea entre el 32 de Diciembre y el cero de Enero, ¿y cuándo es tu cumpleaños?

DOS

Este, mi cumpleaños, ¿mi cumpleaños? ah ya: yo nací el 29 de Febrero.

UNO

Con razón.

DOS

Con razón qué.

UNO

Con razón eres tan sonso.

DOS

(Tosiendo.) Y tu papá, tu mamá, ¿viven?

UNO

Soy ilegítimo. Soy hijo de una tía.

DOS

Ah, mis viejos, están en el Sur: hace diez años que no voy a verlos.

144

UNO

¿Y por qué no vas a verlos?

DOS

No tengo plata, y el viaje es largo.

UNO

Su espera también debe ser larga.

DOS

(Al público.) No me gusta que me mire como reprochándeme. (Uno, se le acerca gateando, lo mira a quemarropa y vuelve a su sitio.) Ahora cree que lo compone todo dedicándose a mirar el techo, como si del techo va a caer la salvación, o un rayo que nos parta por igual. (A Uno.) Nos llevamos bien, ¿no?

UNO

Sí, nos llevamos bien.

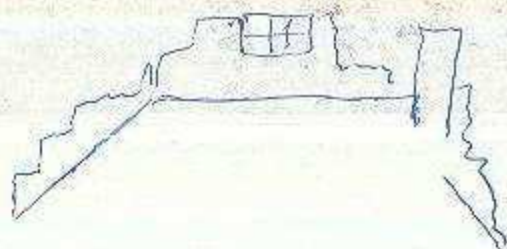
DOS

(Al público.) Yo mismo me lo repito: «nos llevamos bien», no sé si para sentirme acompañado, o para hacernos creer que uno nunca está solo. Sí, sí, nos llevamos bien. (A Uno.) Al comienzo desconfié de ti.

UNO

Claro, tenía que ser así. Gracias por decírmelo.

145



DOS

(Al público.) Me parece verlo, dando vueltas, sin dejar de mirar el letrerito de: «Se alquila». Su indecisión me hizo aventarme. La dueña de casa dijo que lo alquilaba en 500 soles. Le contesté que era mucha plata. Me rebajó 100 soles. Tampoco podía pagarle 400 soles al mes. Me dijo que me buscara un amigo para pagar a medias. ¡Eso ni hablar! exclamé. A mí nunca me gustó compartir mi perra vida con nadie. Años antes lo hice: fue una temporada estúpida. Y juré no volver a hacerlo. Nunca he sido amigüero. Soy un tipo que prefiere fregarse solo, por lo menos así me evito complicaciones falsas y gratuitas. Generalmente soy pesimista, pero en el sentido constructivo, si es que hay algo que realmente exista en el sentido constructivo. (Señalando a Uno por sobre el hombro.) El se acercó. Nos miramos con recelo: con el mismo recelo. La señora dijo: «Ahí está el señor. Para los dos, 250 soles cada uno». Yo alegué que ya me había rebajado 100 soles, y ella respondió con toda su cara de lechuga (Imitando la voz de una vieja.): «400 soles para uno solo y 500 soles para los dos». Después de cerrar el trato, le pregunté a él (Señalando despectivamente.) si es que acaso conocía a la dueña, me respondió que no. El momento no era para deferencias ni presentaciones; así que después de mirarnos y husmearnos como perros, nos aceptamos como compañeros de cuarto de alquiler. Esa misma tarde traje mis cosas; él lo hizo por la noche. Me parece verlo dando vueltas

146

dentro del cuarto, como examinándome al centímetro, como arrepintiéndose de haberse ensartado conmigo. Pero es buena gente. Nos vemos y hablamos por las noches —y por las madrugadas—. Yo almuerzo donde la ocasión me agarra y como en la picantería de la otra esquina. Es buena gente este condenado, sólo que entre otras cosas, no me gusta que siempre ande invitándome naranjas, naranjas, solamente naranjas, y todavía naranjas con pepa, que ya me tienen hartó; me refiero a las pepas, no a las naranjas. Pero con él no tengo el temor de que cualquier día me deje colgado llevándose mis cosas. Eso ya me pasó dos veces, por confiado, por tarúpido. Vivimos hace tres meses, mejor dicho, hace tres meses que lo atiendo filialmente. Nunca nos vemos durante el día. Me gusta su conversación. (A Uno.) ¿Y dónde trabaja ahora?

UNO

En la gran Compañía Vagabundaje Ilimitado Sociedad Anónima P. J.

DOS

¡Ah! ¿Y qué quiere decir P. J.?

UNO

Por Joder.

DOS

(Haciendo carraspearas.) La última vez me hablaste de otro trabajo.

147

UNO
Lo cambié. ¿Está prohibido?

DOS
No, no viejo, no está prohibido. *(Se encoge en la cama.)*

UNO
Hermanito.

DOS
(Sobresaltándose.) ¡Qué, viejito!

UNO
Por qué siempre andas preguntándome.

DOS
Bueno, hay que ser comunicativo, ¿no?

UNO
¿Acaso no te despierto todas las mañanas?

DOS
Sí, y nunca haces bulla cuando llegas por las noches.

UNO
Sabes hermano, dentro de dos semanas me iré.

DOS
¿A dónde? *(Poniéndose de rodillas sobre la cama.)*

148

UNO
Todavía no lo sé. Tú eres buena persona. Me dices cosas que me hacen pensar.

DOS
(Al público.) Mentiroso, es un mentiroso: es él, el que me hace pensar. Es su acogedora y extraña presencia la que me hace volver siempre menos cansado, menos desierto. ¡Por qué miente y lo malogra todo, por qué! *(Dominándose.)* Desde que empezó nuestra mistad, ya no me siento tan solo. Pero él es incomprendible. A veces tengo que obligarme a soportarlo, sin embargo, sé que él es mi único amigo, el único verdadero; y precisamente, también a veces, no lo soporto por esa condición de amistad. Pero en verdad, no sé cómo explicarlo; él es mi amigo, mi amigo, mi amigo de siempre, mi amigo al margen de todo. *(A Uno.)* ¡Oye viejo, por qué tienes que irte!

UNO
(Sonríe encogiendo los hombros.)

DOS
(Al público.) Ahora está de buen carácter. Ahora puedo hablarle sin cohibirme. *(Gatea a palmearle los hombros.)* ¿Por qué te vas viejito, ah?

UNO
Estoy enfermo.

149

DOS

¿Enfermo? Se te ve mucho mejor que yo. Enfermo de qué.

UNO

No puedo permanecer en lugares donde la mayor parte del año está nublado.

DOS

Bueno, aquí en Lima es así. El frío, la neblina y la garúa alternan con el invierno, la primavera y el otoño.

UNO

Yo no lo aguanto. No puedo aguantarlo. Necesito el sol.

DOS

(Emocionado.) Pero, entonces... ¿te irás al campo? ¿A una provincia?

UNO

Creo que sí.

DOS

(Más emocionado.) ¿No te duele nada? ¿El pecho, acaso? ¿No serán los nervios? *(Pausa indecisa. Vuelve gateando a su lugar. Al público.)* No me responde, es injusto, debiera responderme, y tanto que me preocupó por él. *(Reflexionando.)* Debo estar poniéndome cargoso. Mejor me callo.

UNO

En tu casaca hay una cajetilla de cigarros, alcánzamelos, ¿quieres?

DOS

(Afirmando con la cabeza se levanta y obedece.)

UNO

Fósforos.

DOS

(Vuelve a levantarse afirmando con la cabeza, obedece. Al público.) Mírenlo como fuma, con qué ceremonia, seguro que se parece al Gran Jefe Toro Sentado, ¿ug, ug!

UNO

Toma, te invito un cigarrillo, para que no se te revienta la hiel.

DOS

No gracias, viejo, sabes que nunca fumo tan temprano.

UNO

(Pausa. Se levanta y deja el cigarro dentro del zapato de Dos.)

DOS

(Encoge los hombros abrazándose.) Hummm.

UNO

(Jala una maleta de debajo de la cama, saca una naranja. La frota en el antebrazo.)

DOS

(Al público.) Si ya logré rechazarle el cigarro, bien puedo rechazarle la naranja; además no quiero comer naranja, no, no quiero, puede estar ácida.

UNO

Toma.

DOS

Disculpa viejo, pero no tengo deseos.

UNO

Toma. Tiene pepas, como a ti te gusta. Para que las masques como chicle. *(Se la avienta.)*

DOS

(La naranja se le escapa de ambas manos y cae al suelo.)

UNO

¡No seas soberbio! ¡Recógela!

DOS

(Se levanta a recogerla.) Sí viejo, a lo mejor me quita la sequedad de la boca. *(Pela la naranja. La muerde. hace una mueca desagradable.)*

UNO

¿Está dulce?

152

DOS

(Suspirando.) Dulcísima. *(Al público.)* Mientras él fuma, yo comeré la naranja. No hay alternativa. *(Come.)*

UNO

(Lo observa sauricuda.) Eres un buen muchacho.

DOS

(Al público.) No, no es una sonrisa de cortesía o conmiseración; es una sonrisa natural. *(Come.)* Confía en mí. Soy su amigo. *(Come.)* Aunque a veces me siento como si fuera su hijo. El primer día me pareció un pedante. Me dijo que todas sus cosas sólo las compraba a los vendedores ambulantes: nunca a las tiendas. *(Come.)* Es sensible, hondamente humano. El mes pasado sí que me dejó lelo: fue una de las pocas noches que hemos vagado juntos. Compró más de cinco dentífricos, seis jaboncillos, cuatro pañuelos, cuatro pares de calcetines, nueve revistas de chistes, siete novelitas de gansters, de guerra y de Corín Tellado, veinte o veinticinco pares de cordones para zapatos, no sé cuántos peines, más de diez espejitos, seis patas de conejo, tres jaboneras, ocho o nueve cargas para lapicero, siete llaveros y no sé cuántas cosas más. *(Come.)* Cuando le pregunté por el motivo de tantas compras me respondió: «Es que me da pena esa pobre gente, son las doce de la noche y todavía tienen que estar ofreciendo sus cachivaches, pobres criaturas, pobres viejas, pobres esperanzas».

153

Entramos a tomar un café y luego de que el mozo lo sirvió, se negó a tomarlo. Dijo que quería caminar toda la noche, que quería sentirse extenuado, que era un miserable, y mirándome como si comprendiera que yo también, en el fondo de mí mismo, compartía sus turbaciones, me dijo tratando de ser áspero: «A ese pobre diablo de la esquina, que vende chicles y preservativos, quisiera comprárselo todo para que acabe de largarse y no funda la paciencia; y a ese niño traposo que está en la puerta del cine, quisiera comprarle todos sus caramelos y cigarrillos para que no estire sus manitas huesudas y sus ojos a opacos, y así nadie se pase indiferente». Por no saber qué responder le dije que eso era irremediable, me preguntó a boca de jarro: «¿Por qué?» Repuse que él no tenía tanto dinero para ayudar a tantos pobres, y él gritó que no quería tener dinero, que odiaba al dinero, que yo necesitaba un lavado cerebral. (Come.) De vuelta a nuestro cuarto, nos topamos —regresábamos borrachos—, con una mujer y su crío dormidos junto a los diarios de la mañana; él, sin despertarla, le compró sus «Comercios», «Prensas», «Expresos», «Tribunas». Pero esto no es todo, la semana pasada me dejó sorprendido hasta los cabellos. Tuve un mal día y volví con la maleta intacta. Me compró más de la mitad de la mercadería, comenzó jugando, igual a los niños cuando juegan a la tienda; yo no salía de mi sorpresa. Sin poder articular palabra, me quedé con la boca abierta, y él: «para que no lo incomodara», me dijo que vaya comiendo una naranja mientras me

seguía comprando. (Come.) Ah, qué nueva alegría me invadió también de sorpresa. Le apreté ambas manos, pero él, me dio las espaldas. Era como si su alegría, al salir de él, al salir al aire, se enfriara repentinamente. Se lava con tres o cuatro jaboncillos, se lustra los zapatos con tres o cuatro escobillas, se peina y se despeina con media docena de peines, se mira en seis o siete espejitos, juega con cuatro casinos, cuatro solitarios a la vez; y al final se va a la azotea, y ahí, con los periódicos, chistes y novelitas juntados, hace una fogata. (Deja caer la naranja y queda cabizbajo.)

UNO

(Con su cigarrillo enciende otro.) Toma.

DOS

(Reaccionando. Al público.) Oh, me está ofreciendo un cigarrillo. Tengo que aceptarlo. ¡Cuándo entenderá que nunca fumo a las cinco de la mañana! (A Uno.) Gracias viejo, para calentar el cuerpo. (Fuma.)

UNO

Te equivocas, es al contrario: consumes calorías.

DOS

Y también fumo un poco de cáncer, ¿no? (Al público.) No quiere responderme. Mírenlo cómo juega con el humo. Cree que sabe hacer argollas. Quiere que yo aprenda a hacer argollas. Dice que hay que impulsárselas con la lengua. Yo no puedo. (Fuma que-

riendo hacer argollas.) A veces le salen bien y me llama para que las atraviese con el dedo; el otro día, hizo una argolla bien gruesa, bonita argolla, yo me entusiasmé y quise atravesarla con los dos dedos, y la deshice, él se amargó y me dio una cachetada, pero eso sí: no me insultó. (Dignamente.) Sí, no me insultó; pues no se lo hubiera permitido. (Fuma repetidamente.)

UNO

(Lo contempla sin dejar de fumar.)

DOS

(Al público.) Cómo se pasan los años, ahora soy hombre. (Fuma.) Pero a veces me gusta portarme como un niño. (Tose queriendo hacer argollas.) Me acuerdo cuando hacía pompas de jabón en el techo de mi casa. (Tose.)

UNO

Véndeme una Gillette. (Se inclina a botar la colilla del cigarrillo en la bacinica y enciende otro.)

DOS

(Al público.) ¡Me saca de mis casillas! ¿No somos amigos acaso? (A Uno.) ¿Venderte una Gillette? Usa la de mi máquina, hay una que recién la puse ayer. (Al público.) No puedo negar que hay mañanas en que lo odio, sí lo odio, lo odio con un odio ambulante, con un odio ampuloso, inmenso; pero es un odio sin energía, sin rencor: no sé cómo es. ¡No me gusta

ser objeto de su manera de ser! ¡Ni que fuera su conejillo de Indias! A veces me obliga a pararme de cabeza, diciéndome que es por mi bien, ¡caráspita! (Bota el cigarro a la bacinica.)

UNO

Te pedí que me vendieras una Gillette, ¿imaginas que digo las cosas con otra intención? Nunca hablo con otra intención.

DOS

(Al público.) Nunca dice las cosas con otra intención. Eso es verdad. Me gustaría parecerme a él. Este bárbaro me define de un sopapo. Pero confieso que ya me tiene amargo, sí, sí, amargo, muy amargo. (A Uno.) Sólo tengo una cajita de cuchillas, son de la peor marca. (Al público.) Bah, no tiene sentido mi respuesta. Es tonta. Felizmente, él no le da importancia. Se ha vuelto a entretener con el humo. Ah, pero yo sé que está pensando algo referente a mí, lo presiento, lo presiento: daría un año de mi vida por meterme un minuto dentro de sus pensamientos. ¿Durará esto de Ipacankuse? De tiempo en tiempo saca una nueva que la prolonga hasta que me dice otra. El último tema fue: El Alarido del Modus Vivendi o El No-Contacto Sicológico. Más antes fue: La Vitalitancia, que dicho sea de paso, no lo entendí ni jota, aunque discutimos hasta los salivazos. Y mucho más antes fue: Teoría de la Visión Visionaria con los ojos bien cerrados o dentro de un cuarto bien oscuro; y les diré que fue una ponencia o sesión muy interesante,

aunque tampoco la comprendí coincidimos en todos los puntos, sólo que al final, él me llamó: retrasado sentimental. Y ahora es Ipacankure. (A Uno.) Oye viejito, en verdad, piensas irte dentro de dos semanas.

UNO

Sí, hermano. Tengo que irme.

DOS

(Al público.) Con qué sinceridad lo dice. Una noche propuse que me hablara de mentiras y por respuesta me dio una patada que de veras más me dolió en pleno corazón. Si, creo que es mejor que se vaya. Así conservaré su presencia y su voz siempre frescas. (A Uno.) Pero si te vas, viejito, me dejarás colgado. Yo solo no podré pagar el alquiler.

UNO

Eso mismo me lo he repetido. Pero así somos, hermano; si yo me quedara —dejando a un lado la mierda—, nos ahuesaríamos los dos, terminaríamos por hastiarnos mutuamente y cada uno se largaría por su lado maldiciendo y olvidando al otro. Porque así somos, porque nada nos pertenece y no pertenecemos a nadie. Porque yo habito lejos de las cosas y aunque quiero no puedo comprender nada y es inútil que intente ubicarme allí donde está mi cuerpo, allí donde se ha inventado y se inventa diariamente la falsa aventura de estar vivo. ¿Te das cuenta de qué manera uno tiene que volverse imbécil? ¿Te das cuenta? (Apaga el cigarrillo en el parante del catre.)

158

DOS

(Mirándose las manos.) No sé qué decir, viejo, pero créeme, tus palabras me afectan hasta no sé dónde. (Encoge los hombros, tose.) Entonces, dentro de veinte días se cumple el mes. Menos mal que no le debemos nada a la señora. Yo también me iré. Sabes viejo, es la primera vez que me iré sin hacer perro-muerto. Pienso que buscaré una pensión: sale más barato, cuarto y comida; aunque te diré que no me gustan esas divisiones de cartón, es como vivir espiado... Si insistes en comprarme las Gillette, mejor te vendo toda la cajita; trae cinco cuchillas. Te la doy a precio de costo. (Al público.) Pienso que nunca más venderé hojas de afeitar, que me haré crecer la barba, que no querré tener amigos. Qué melancolía esta que me jala no sé a dónde ¿Y si me trompeará con él, así como la otra vez? Somos más o menos de la misma edad, el mismo peso.

UNO

(Tararea.)

DOS

(Al público.) Es muy banal el asunto de la cuchilla, para qué seguir hablando. Voy a interrumpir sus melodías. (A Uno.) Oye viejo, perdona que te corte, este, ¿sabes? tengo un oponente para tu, digo para nuestro Ipacankure, se llama, se llama: ¡Tecagüe!

UNO

¡Cómo te atreves animal! (Cogiéndolo por el cuello.)

159

DOS

¡Qué, acaso yo no tengo voz y voto? ¡Sí, yo también tengo mis temas, mis ponencias! ¡Yo también quiero hablar!

UNO

¡Tú no estás hablando!

DOS

¿Sí, y qué estoy haciendo entonces, ah?

UNO

Estás rebuznando.

DOS

(Calándose.) Y todo porque te dije, te mencioné a ¡Tecagüe!

UNO

Expílicate.

DOS

Sí, me voy a explicar, me voy a explicar antes de que vuelvas a ofenderme.

UNO

Expílicate. *(Sacudiéndolo.)* ¡Animal!

DOS

¡Ya, ya, pero déjame respirar!

UNO

¡Expílicate o no respondo por tu vida!

160

DOS

¡Ya, no me grites, que no soy sordo!

UNO

¡Pues si no te explicas te voy a dejar sordo!

DOS

Ya, ya, ya, te pido disculpas. Tecagüe no es más que una bebida compuesta por té, café y agua. Se me ocurrió para animar la conversación.

UNO

(Soltándolo.) Perdóname hermano, aprecio a las personas que tienen imaginación; pero es que tú eres tan raro, que impides toda buena intención. Debes ser menos egoísta contigo mismo, por eso me exasperas, ¿no puedes usar tu buen sentido común?

DOS

(Al público, sobándose el cuello.) Pobrecito, creo que me da pena. *(Pausa dubitativa.)* ¡Buena, que se vaya al diablo! *(A Uno.)* Te voy a decir algo, ya, ya te lo voy a decir: ¡Andavete a la mierda! ¡Tú, tu Ipacankure, tu Vitalitancia y todo! *(Jalándole la frazada.)* ¡Ahora dormirás calato! *(Sale llevándose la frazada. Uno permanece inmóvil.)*

TELON

161

Cartel con las siguientes palabras: «Una semana después.»

nos

Siete días, una semana, un cuarto de mes, y este bárbaro no dice ni puf, ¿piensa que puede resentirse por toda la vida? ¿Y todavía conmigo? Sí, conmigo, conmigo. Esto me resulta intolerable. No puede ser. Ya le devolví la frazada, le pedí disculpas, le dije que era «su» frazada, le di toda la pijama. Fácilmente se entiende que viviendo juntos, tengamos que entendernos bien. Pero no. No, no. Se ha puesto más frío que un helado en invierno. Me pone nervioso. ¿Hasta cuándo vamos a estar rozándonos a cada rato? Ayer nos miramos casi de frente. El lunes lo sorprendí observándome de reojo. ¿O él me sorprendió a mí? Bueno, el caso es que a través de sus ojos adiviné que me iba a hablar; yo me preparé, alisté una respuesta, pero él no movió la boca; y aunque estuve a punto de pasar a la iniciativa, como él no dijo nada, yo también me quedé mudo. Lo que pasa es que yo esperaba empezar de sus palabras. Seguro que él también leyó algo en mis ojos, o a través de ellos. Lo sé, lo sé, lo noté en su inexpressión. El otro día sí que fue colosal: sucedió que me dio rabia seguir con nuestro mutismo en este minicuarto, pensé que no era razonable que yo solo tuviera que amargarme siendo los dos culpables. Para darle pica, me

lustré los zapatos con sus escobillas, ah, pero él no se quedó atrás, cogió mi toalla y mi jaboncillo y se fue a lavar hasta los pies. ¡Es tremendo! Yo lo estimo a pesar de todo. Pero cualquier rato dejaré de sobre-llevarlo. Al fin y al cabo cada uno vive su vida, y eso es lo más cierto, aunque no nos caiga bien. ¿O no? Anteayer me chapó in fraganti ¡pucha! de repente, como un fantasma apareció detrás de mis espaldas, ¡a las tres de la tarde! «¿Qué pasa con éste?», pensé en medio de mi asombro. No sólo era la sorpresa por lo insólito de su llegada, sino que yo estaba lavando mis calcetines en su lavador. Apenas él se iba yo me ponía a remojar mis calcetines, los dejaba en Na Pancha, y me iba a trabajar y al regreso, después de almorzar, previa restregada, los colgaba en el cordel de la azotea. Creí que nunca se enteraría. Pero me descubrió. Lo mejor hubiera sido que me cogiera en el lapso de nuestra normal amistad. Pero todavía estamos enojados, rozándonos a cada rato, ¡es absurdo! y durmiendo en la misma cama. Supuse que me quitaría el lavador, me quedé de una pieza, olvidé cómo se lava un calcetín. Felizmente que él siguió mudo y no pasó nada. Pero imaginen todo lo que me hizo pensar, ¡y sudar! Cuando tenga plata me compraré un lavador. Debo admitir que es indispensable. (Mirando de reojo a Uno.) Ah, condenado, me está aguaitando de recortina, con la ayuda del espejo, y ese espejo es mío. No, no le hablaré. Es él quien debe hacerlo. Además si él no se decide, ¿a quién le platicará sus cosas? ¡Quién le escuchará por

ejemplos: Todos los Ismos son unos sismos! ¿A quién despertará a las cinco de la mañana para invitarle una naranja con pepas? No, no. Yo no le hablaré. Al fin de cuentas, es él quien provocó este silencio. Seguro que ahorita me dirige la palabra. Sospecho que está a punto de hacerlo. Lo veo al borde. Es inminente. Seguro que va a continuar con Ipacankure. Sus temas suelen durar seis o siete días, y de Ipacankure sólo me habló una vez, aquella mañana en que nos resentimos. Dijo que se iría, entonces, entonces se irá a fin de mes, claro, el pago del alquiler se vence a fin de mes, y para fin de mes faltan diez días, entonces, faltan diez días para que se mande a jalar. ¿Se irá enojado? Tampoco me gustaría que me deje su enojo. Me siento abrumado. Es amolado sentirse triste sin saber el motivo y sin conocer el remedio. Qué diablos, son las ocho de la mañana; voy a buscármelas por ahí, a ver si tengo suerte. Si fueran las ocho de la noche, me compraría una mula de anisado, mejor de pisco, para mí solo. Hace frío. Ojalá que haya secado mi chompa.

UNO

No te muevas tanto.

DOS

(Al público.) Se le pasó el mal del zambito. El tenía que hablarme, ¿no les dije? (A Uno.) Es que me estoy levantando.

UNO

Para qué.

DOS

¡Cómo que para qué!

UNO

Digo para qué te levantas si está nublado y garúa. No es precisamente un día para tu negocio.

DOS

Y qué se va a hacer. Hay que trabajar de todas maneras. Estoy endeudado. (Al público.) Ya se lo dije, pero en verdad estoy endeudado.

UNO

No tengo ni un cobre, si no te prestaría.

DOS

Gracias por la intención.

UNO

¿Puedo preguntarte una cosa?

DOS

(Al público.) ¡Ahora sí me sale con su Ipacankure! (A Uno.) Claro que puedes preguntarme, viejo.

UNO

¿Nunca te persignas al levantarte?

DOS

No, no...

Si viejo, pero a veces no se puede eludir cierto esco-
zor, cierta duda, ¿y si existe el infierno?

DOS

Tienes El Complejo Reblandecido de la Culpa.

UNO

Cierto que he hecho cosas malas, pero no tan malas;
otros las hacen peores, bah, a veces pienso que todo
el mundo es malo.

DOS

Y ahí es donde se origina tu Complejo Reblandecido
de la Culpa. Pero tú solo no eres el culpable, tú solo
no eres el responsable; pequeño e iluso animal.

UNO

(Al público.) ¿Complejo de Culpa? Eso ya lo he oído
en alguna parte. ¿No pensará que ya es hora de que
me presente a Ipacankure? (A Uno.) Oye viejo, ¿me
contarás de tu vida un día de estos?

UNO

Tú tampoco eres tan comunicativo. Nunca me has
hablado de tu vida.

DOS

Bah, mi vida no tiene interés ni razón. No tengo
nada que decir de mi anterioridad, o de mi futuro.

167

¿Por qué?

UNO

No lo sé. De pequeño lo hacía. Pero no creo que
vuelva a repetirlo. (Hace la señal de la cruz en el
aire.) Tú sabes, en la escuela, uno aprende las cosas
automáticamente.

DOS

¿Crees en Dios?

UNO

De memoria, ¿y tú?

DOS

Tampoco.

UNO

(Al público.) ¿Y a qué viene esa conversación en-
tonces? Creí que me iba a pedir que recé. (A Uno.)
No me gusta hablar de Dios porque surgen discu-
siones.

UNO

¿Discusiones? La cosa es simple. Sin ser atrevido, so-
lamente debes decir: crea en Dios como creen en Ala.
Rojá, como creo en las sirenas, como creo en Caperueta
Kojá, como creo en Blanca Nieves y los siete Enani-
tos, ¿te das cuenta?

166

UNO

Nos parecemos, yo tampoco tengo futuro. Se puede decir, que en potencia estamos muertos, hermanito. Cada día amanezco desprovisto, listo para proveerme y me proveo, pero llega la noche y nuevamente estoy sin nada; y entonces, durante el sueño, espero al nuevo día, para volver a empezar a proveerme, y así todos los días. No, no te levantes hermano.

DOS

(Al público.) Si no me iba a levantar, me estaba acomodando, o mejor dicho, son sus palabras las que me hicieron moverme. Pucha, con este catre, cualquier día se desarma con nosotros encima.

UNO

(Bosteza con desgano.)

DOS

(Al público.) Qué tal bostezo, abre la boca como un hipopótamo. (A Uno.) Ya pues hermano, no te estires tanto, me estás pateando.

UNO

Tengo sueño en un ojo.

DOS

(Al público.) Y la otra vez que le dije que tenía un dolor salteado, me llamó extravagante. (A Uno.) Oye viejo, ¿crees que el sueño y el dolor tengan la misma intensidad?

UNO

¿Te refieres al Sueño y Al Dolor Humanos?

DOS

Sí, sí, este sí, sí, viejito.

UNO

(Reflexionando.) Pues es verdad, hermano. Tú has debido de vivir mucho. ¿Me contarás de tu vida un día de estos?

DOS

(Al público.) Diablos, qué tipo tan desconcertante. Esa última pregunta yo ya la hice. Pero él tiene razón. No, no es desconcertante. Somos amigos, somos compañeros, somos camaradas. Me parece verlo dando vueltas, sin dejar de ver el cartelito de: «Se alquila». Concluí que casualmente yo lo había escogido a él. Pero es él quien me escogió a mí. Ahora me parece increíble que tan rápidamente, siendo ambos tan desconocidos, trabáramos una amistad tan leal y profunda. Hasta el arrepentimiento que tuve en los primeros días de haberme encontrado con él, se me ha convertido en un lindo recuerdo. (A Uno.) ¿Y cuándo te vayas, viejo?

UNO

Buscaré un cuarto parecido a este.

DOS

Ah.

UNO
¿Por qué dices, ah?

DOS
Es una voz de aprobación.

UNO
Buscaré un cuarto parecido a este, pero no creo que pueda encontrar un sujeto parecido a ti.

DOS
(Al público.) No sé si deba molestarme o deba sonreír. Este condenado no me da tiempo para manifestarme.
(A Uno.) ¿Compartiste alguna vez el cuarto con alguien?

UNO
Exactamente no con alguien. Más bien con un borrachín.

DOS
(Hace carrasperas de disimulo.)

UNO
No es una indirecta, hermano: no seas tan cabeza dura.

DOS
(Tocándose la cabeza.) ¿Y, qué tal te fue?

UNO
Mal, hasta que un día me enracé. Todas las noches o todas las mañanas, entraba con su perfume de alcohol

de 40 grados. Yo andaba arrancado y tenía que seguir viviendo en aquel cuartucho olor a cañazo. Debíamos más de tres meses. Finalmente, cuando resolví mandarme a mudar, me vengué de aquel tipejo.

DOS
¿Te vengaste, cómo?

UNO
Sí, me vengué.

DOS
(Al público.) No, él no puede estar loco. ¡Dios mío!
(Tiembra.)

UNO
¿Tienes frío?

DOS
Sí, un poco, creo que me va a dar la gripe, ¿y cómo te vengaste? ¿ah? ¿Cómo, cómo?

UNO
El borrachín tenía un par de bigotes afrancesados, retorcidos. ¡Ja! Debió costarle mucho el cultivarlos pues era lampiño. La última vez, como de costumbre, dormía la tranca roncando como un camión. (Sonriendo.) Lo único que hasta ahora le envidio es su sueño de piedra.

DOS
Bueno, ¿y qué pasó? ¿y, cómo te vengaste?

UNO

Cogí unas tijeras (*Accionando.*): ¡Y le corté los bigotes!

DOS

(*Suspirando.*) ¡Ahhh! (*Deja caer los brazos.*)

UNO

A ras. Se los corté a ras. El tipejo de cuyo nombre no me da la gana acordarme, no se despertó. A lo más creería que le andaba una pulga en medio del sueño.

DOS

¿Y esa fue tu venganza?

UNO

Sí.

DOS

(*Ríe poco a poco, nerviosamente, gatea y abraza a Uno, sin dejar de reír sollozando cada vez más fuerte.*)

UNO

¿Pero es que estás llorando, animal!

DOS

(*Sin dejar de abrazarlo.*) ¡Sí, no; sí y no, sí y no!

TELON

III

Un cartel en el que se lee: «Epílogo».

DOS

(*Sentado en la cama, viste la pijama entera. Al público.*) Me parece verlo dando vueltas sin dejar de mirar al cartelito de: «Se alquila». Quizá no volvamos a encontrarnos. Fuimos buenos amigos, no obstante, ahora hay algo que no cuadra. Esa última mañana ni mencionó a Ipacankure. ¿Por qué no me atreví a preguntárselo? No, no me dio oportunidad. Además, era él quien tenía que recordarlo. Cuando volví por la noche, me di con la sorpresa de encontrarme sólo con su ausencia, y en lugar de su ausencia, silenciosamente encogido: un papel. Su última palabra. (*Saca una hoja de debajo de la almohada. Lee.*) «Tuve que irme a mediodía. No te lo dije porque no me gustan las despedidas de ninguna clase. Días antes no me fui, porque no tuve el valor de irme sabiendo que tú te quedabas disgustado conmigo. Perdóname Raúl. Quisiera hablarte del lugar al cual me dirijo, pero no tiene sentido el decirte lo, se arruinaría todo; preferible es que cada uno siga su camino o busque su camino, porque no es bueno forzarse o forzar al Destino tan sólo por nuestras pequeñas y profundas indecisiones. Pero tú eres mi amigo, mi hermano, Raúl, eres el único amigo de toda mi vida. Cuántas cosas aprendí de ti y a través de ti. Cuántas veces de tus llegadas al cuarto, tomaba yo el calor de tus pasos que reso-

naban como caminando hacia mi alma. Ahora ya no seré tan estúpido, ni andaré escapando, ni trajinaré evadiéndome, sino que simplemente me mudaré de sitio, cambiaré de lugar, mas ya nunca de espíritu. No seré tan abrupto, ni sentiré que mi vida transcurre en un balde hueco. Bueno, hermanito, tu amigo, tu «viejo» se despide para siempre, para siempre, porque siempre, porque la palabra siempre es la más bella de todas. Ahora ya sabes cuánto te he estimado y cuánto te estimaré, y si no te lo dije, Raúl, es porque no soy expresivo, porque en realidad soy un reprimido, y es mi falta de capacidad la que me aturde. Pero somos amigos, hermanos. No sabes el miedo que tuve por culpa de nuestro último enojo, temía que cualquier día, cualquier noche, al volver al cuarto, ya no te encontraría. ¿Recuerdas aquella vez que yo entré cuando tú estabas lavando tus calcetines? Qué alegría sentí al sorprenderte con la certeza de que por lo menos ese día no te marcharías. ¿Ves? Te das cuenta cómo soy en verdad, querido hermano, comprendes que cuando callaba, no era mi silencio el que hablaba por mí, sino que sencillamente, era yo el que no sabía qué decir. Y te contaba historias inventadas, observándote, con el propósito de que tú me las escucharas, y de tu comprensiva atención recogía yo todo mi confortamiento. Pero somos amigos, amigos de verdad. A la dueña le pagué un mes adelantado, el recibo está detrás del espejo. No se dio cuenta de que yo me marchaba. Ahora no tendrás mucho apuro por conseguir otro cuarto...» Ni siquiera firma, tam-

poco le sobró papel. *(Muestra la hoja al público.)* Era mi amigo. Es mi amigo. Mañana me iré. No sé por qué diablos he soportado estos días aquí en el mismo cuarto. He dormido mal. Soñaba que se entraban ladrones, y sabiéndome solo despertaba de golpe y luego miraba la cabecera vacía... Como sea, mañana me largo. Yo también necesito irme, viejo, sin despedirme ni de mí mismo. *(Conversando con la cabecera.)* Qué dirá Ipacankure. Que lo dejó a mi vez, como tú, viejo, lo dejaste huérfano y de frío. ¿Sabes? anoche soñé con Ipacankure. Yo caminaba por calles desconocidas. De pronto apareció él: Ipacankure. No lo reconocí, me sentía demasiado solo. Pero cuando me di cuenta de que él era Ipacankure, corrí a su encuentro. Corrí, y por más que corría y corría no pude llegar a su lado, y sin embargo él no huía de mí, era algo desesperante. Cuando después de mucho esfuerzo logré verlo con cierta claridad, Ipacankure se volvió a mirarme: *(Gritando.)* ¡Ipacankure! ¡Ipacankure!... Ipacankure agitó las palmas, como buscando delante de una rara pared de vidrio, un lugar por donde pasar hacia mí. Yo también hacia lo mismo. Buscaba y rebuscaba un forado hacia su encuentro. Algo nos separaba. Me desgañitaba gritando: ¡Ipacankure! ¡Ipacankure! Pero no me oía, no me oía, y yo tampoco podía oírlo a él. Ambos gritábamos, nos hacíamos señales y no nos escuchábamos y no nos entendíamos. Era imposible atravesar aquella poderosa e invisible barrera. Los labios y las manos nos sangraban. Yo estaba exhausto, llo-

raba, me estremecía. Y desperté... Mañana me voy, viejito, pase lo que pase, me voy. No puedo marcharme ahora, es más de medianoche. Cuando amanezca, a las cinco de la madrugada, a la hora en que tú solías despertarme con la pata en la cara, a esa hora, viente. Y no rayas a creer que estoy huyendo, no, no. Me voy con Ipacankure. Gracias por dejarme. No podías haberme dejado algo mejor. Ipacankure. Ahora comprendo por qué no me platicaste de él, ahora lo comprendo. ¡Ahora comprendo por qué te fuiste y por qué te quedaste a la vez! ¡Tú eres Ipacankure! ¡Si, tú eres Ipacankure! Tú fuiste el que anoche me acompañó en mis llantos. ¡Eras tú! ¡Era tu rostro, eran tus manos, era tu voz! Eramos nosotros que no nos escuchábamos, era nuestra vehemencia que no se encontraba... *(Gritando.)* ¡Ipacankureeeee! *(Corre hacia los costados gritando con los brazos abiertos.)* ¡Qué tarde llegaste a mí, para decirme: «Es temprano, levántate!» *(Sale corriendo.)*

TELON

índice

El juicio de Martín Cortés / 7

Ipacankure / 127